

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 3. LA ESPERANZA QUE ACOMPAÑA EL CRECIMIENTO: LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

1) INTRODUCCIÓN	1
2) LA PALABRA Y LA IMAGEN	3
3) LA ESPERANZA EDUCATIVA Y LA PACIENCIA DE DIOS	4
4) CONCLUSIÓN.....	5
5) CONCRETANDO	6
6) PRÁCTICA FAMILIAR	6
7) PARA PROFUNDIZAR.....	6

1) Introducción

Tras haber afrontado el tema de la esperanza conyugal y el de la esperanza generativa, en íntima relación con ambas se encuentra lo que podríamos denominar la esperanza educativa. Ya dijimos, comentando la obra poética de Péguy sobre la segunda virtud, que los padres tienen el coraje y el valor de trabajar, precisamente porque sus hijos se convierten en su mayor motivación. En este sentido, si los niños no trabajan en el sentido técnico del término, los padres trabajan para los hijos. Sí, educar comporta una tarea, un trabajo cotidiano, un quehacer fatigoso y, en ocasiones, agotador.

La pregunta sobre la que queremos reflexionar este mes es la siguiente: ¿qué relación existe entre la esperanza y la tarea educativa? ¿qué esperanza despierta en nosotros la educación?

Giuseppe Angelini, un teólogo italiano contemporáneo, escribió en 2001 un libro titulado *Educar se debe, ¿pero se puede?* Si la respuesta fuera negativa, estaría claro que la tarea educativa es fuente de desesperanza, incluso de desesperación. La respuesta del autor es, sin embargo, afirmativa. Se puede y se debe educar, pues todo hombre no nace acabado, perfectamente hecho, sino que ha de aprender a ser hombre, ha de llegar a ser lo que está llamado a ser. En este sentido, educar es cooperar a la vocación de cada persona. Promover la vocación es un arte maravilloso pero complejo.

La impresión de que educar sea imposible se alimenta de representaciones que prejuzgan la práctica pedagógica. No se ha de partir de la imagen de unos hijos ideales, así como de ideas de carácter universal y genérico sobre el hombre. Las ideologías educativas esconden siempre el afán de poder dominar y controlar a los hombres bajo el poder de unos pocos. Pero educar nunca es someter; es más fácil someter a un niño que hacerlo obediente para que su libertad crezca



verdaderamente. Por otro lado, aunque siempre es posible educar, no hay recetas, pues la solución no es elaborar un libro de autoayuda, o un directorio práctico con una serie de reglas que dan siempre resultado infalible. Es determinante captar lo que está en juego en la relación educativa, y comprender a los hijos mismos en su drama existencial particular. Cada hijo es diferente y cambia a lo largo de las etapas de su vida.

En la carta que Benedicto XVI dirigió a los fieles de Roma el 21 de enero de 2008 afirmaba que todos nos preocupamos por el bien de las personas que amamos, en particular los niños, los adolescentes y los jóvenes. Educar jamás ha sido fácil, y hoy parece cada vez más difícil. No hemos de olvidar que la virtud de la esperanza se dirige a un bien arduo, difícil. Ante la dificultad de la tarea educativa siempre acecha la tentación de renunciar, de abandonar o dimitir de nuestra responsabilidad como educadores. El Papa emérito afirma que las dificultades nunca son insuperables, y la razón que ofrece es sorprendente. La libertad del hombre siempre es nueva, y cada persona y cada generación ha de tomar sus propias decisiones y elecciones. Para quien es creyente, además, existe un nuevo motivo para vencer el miedo y el temor a educar, y es que Jesucristo nunca nos abandona y siempre nos ofrece nuevas posibilidades de bien.

La carta nos ofrece algunas preciosas indicaciones más concretas para afrontar la auténtica tarea educativa. La primera referencia es la experiencia del amor entre padres e hijos. Para educar es necesario donar algo de uno mismo. En el niño además se esconde ese deseo de saber, de aprender, que se revela en sus continuas preguntas y petición de explicaciones. La educación ha de afrontar la gran pregunta por la verdad que puede guiar toda la vida, la verdad del amor. El sufrimiento y el dolor forman también parte de la verdad de la vida. Al tratar de proteger a los niños y a los jóvenes, con toda buena intención podemos formar personas débiles, incapaces de sufrir y de sufrir juntas.

El punto más delicado de la obra educativa es encontrar el equilibrio dinámico entre libertad y disciplina. La relación educativa es encuentro de libertades en el que la autoridad es un ingrediente indispensable. Es una autoridad que no sofoca sino que nos hace crecer, pues abre el espacio que posibilita crecer en la comunión.

Al final de la carta, se alude a la encíclica *Spe salvi*, escrita poco tiempo antes. En ella se indica que únicamente una esperanza fiable es el alma de toda educación, como de toda la vida. Hoy nuestra esperanza se ve asechada desde muchas partes y corremos el riesgo de convertirnos en hombres “sin esperanza y sin Dios en este mundo” (*Ef 2,12*). La carta concluye del siguiente modo: “precisamente aquí nace la dificultad tal vez más profunda para una verdadera obra educativa, pues en la raíz de la crisis de la educación hay una crisis de confianza en la vida”.

La conclusión general tampoco tiene desperdicio:

“Por consiguiente, no puedo terminar esta carta sin una cordial invitación a poner nuestra esperanza en Dios. Sólo él es la esperanza que supera todas las decepciones; sólo su amor no puede ser destruido por la muerte; sólo su justicia y su misericordia pueden sanar las injusticias y recompensar los sufrimientos soportados. La esperanza que se dirige a Dios no es jamás una esperanza sólo para

mí; al mismo tiempo, es siempre una esperanza para los demás: no nos aísla, sino que nos hace solidarios en el bien, nos estimula a educarnos recíprocamente en la verdad y en el amor”.

2) La Palabra y la imagen

Escuchemos ahora junto la Palabra de Dios:

“Elías dijo a Ajab: «Sube, come y bebe, porque va a llover mucho». Ajab subió a comer y beber, mientras Elías subía a la cima del Carmelo para encorvarse hacia tierra, con el rostro entre las rodillas. Había ordenado a su criado: «Sube y mira hacia el mar»; el criado subió, miró y dijo: «No hay nada». Elías repitió: «Vuelve» y así siete veces. A la séptima dijo el criado: «Aparece una nubecilla como la palma de una mano que sube del mar» Entonces le ordenó: «Sube y dile a Ajab: “Engancha el carro y desciende, no te vaya a detener la lluvia”». En unos instantes los cielos se oscurecieron por las nubes y el viento, y sobrevino una gran lluvia. Ajab montó en su carro y marchó a Yezrael. La mano del Señor se posó sobre Elías; este, ciñéndose la cintura, iba corriendo delante de Ajab hasta que llegó a Yezrael” (1R 18,41-46).

Este relato se sitúa en el primer libro de los Reyes. Unos cuarenta o cincuenta años después de Roboán, nos encontramos con el reinado de Ajab (874-853), hijo del fundador de Samaría, la célebre y opulenta capital del reino del Norte. Ajab se había casado con Jezabel, natural de Sión, en Fenicia (actual Líbano), país de religión cananea. La reina perseguía a muerte a los profetas que rechazaban a su dios Baal. Por entonces, el profetismo implicaba un estilo de vida que reunía verdaderas comunidades en las afueras de las ciudades. Entre sus filas, se contaban por centenares las víctimas que caían bajo el látigo de Jezabel. Elías va a sobrevivir y entra en escena anunciando al rey una sequía y la consecuente hambruna. El nombre del profeta lo dice todo sobre él “Elías: Yhwh es Dios”. La mortal sequía sólo se detendrá ante la palabra de Elías. El profeta es el vehículo de la voz de Dios.

El relato que hemos escuchado juntos se sitúa tras la disputa entre Elías y los 450 profetas de Baal, el dios de Jezabel y de Canaán, al que se atribuía el don de la lluvia. El fuego del cielo caerá sobre la ofrenda de Elías, que con sus propias manos da muerte a todos los falsos profetas de Baal. Es entonces cuando un servidor de Elías, oteando el horizonte por siete veces desde la cumbre del Carmelo, mientras su maestro está en oración, anuncia una nubecilla como la palma de una mano. Llega el aguacero y trae la vida.

Elías trajo la vida y la muerte. No es posible entrar en el Reino de Dios sin elecciones dramáticas. Jesús en el Evangelio dirá a Santiago y a Juan quienes precisamente en un pueblo de Samaría iban a pedir que bajara fuego del cielo para los consumiera: “No sabéis de qué espíritu sois” (Lc 9, 54).

Podemos recordar finalmente que Jezabel juró vengarse de Elías por la muerte de los profetas de Baal. El profeta huye con su criado al desierto y después en solitario. Tras una jornada de marcha termina bajo una retama aislada e implora la muerte: “¡Ya es demasiado, Señor! ¡Toma mi vida!”. A primera vista parece la expresión de una desesperación de un fugitivo en peligro de muerte. Elías



no es omnipotente, un ángel le toca, le despierta y le sirve la comida. Levántate, el camino es superior a tus fuerzas...

Os dejamos a vosotros que extraigáis las lecciones pedagógicas de este relato y del entero ciclo del profeta Elías, al que Dios enseña y guía, para que a su vez reconduzca al pueblo de Israel a la Alianza y comunique su espíritu a Eliseo. Un par de pistas: a) hoy necesitamos profetas educativos, que iluminen el camino de la historia y despierten la esperanza pedagógica; b) el Espíritu profético es anuncio del Espíritu Santo con el que el Padre quiere modelar la carne de cada ser humano.

En el contexto del monte Carmelo donde se sitúa el relato, os proponemos una nueva imagen de la esperanza. Se trata del símbolo de la estrella. En este tiempo de Adviento, la Iglesia nos hace escuchar la profecía de la burra de Baalán (Nm 22,22-35) y algo más adelante los famosos versos de este hombre de ojos perfectos (Nm 24,15-19). “Avanza una estrella de Jacob, y surge un cetro de Israel” (Nm 24,17).

El símbolo de la estrella que nos conduce a Belén, pasa con facilidad de Cristo a la Virgen María, estrella del mar (*Stella maris*). Como hemos escuchado, en 1R 18,41-45 se alude a esa nube que anuncia el final de una larga sequía. María es también la Estrella de la mañana (*Stella matutina*). Esta jaculatoria fue incluida en las letanías lauretanas en la versión de Padua del siglo XIV. En un manuscrito anterior, del siglo XII en París, se encuentran las expresiones *Stella marina* y *Lux matutina*. El autor de la versión de Padua mezcló ambos títulos para obtener el nuevo. La estrella de la mañana anuncia el final de la noche y la llegada de la luz de la aurora, el principio del día.

San John Henry Newman, al comparar este título con el de Rosa mística, afirma tres cosas: la rosa pertenece a la tierra, pero la estrella se encuentra en el cielo; la vida de la rosa es breve, María permanece para siempre tan lozana, pura y perfecta como el día de su Asunción. En tercer lugar, María es heraldo del Sol. Cuando Ella aparece en la oscuridad, sabemos que el Señor está muy cerca.

María y José educaron a Jesús. El Evangelio de Lucas que vamos a escuchar en esta ciclo litúrgico que comenzamos, nos dice que su madre conservaba todo esto en su corazón, y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres (Cf. Lc 2,51).

3) La esperanza educativa y la paciencia de Dios

De nuestros hijos siempre esperamos más y esperamos lo mejor. El quehacer educativo no termina nunca, y tantas veces experimentaremos que no estamos preparados para afrontar los desafíos que comporta. Esta desproporción entre lo que podemos y sabemos hacer, y los resultados y frutos obtenidos pueden llevarnos con frecuencia al desaliento, el desánimo y la desesperanza.

La esperanza educativa requiere la virtud de la paciencia. Posiblemente hemos escuchado en nuestras casas siendo niños esta expresión “¡Qué paciencia hay que tener...!” como una invocación a Dios para que nos la otorgue, pues a nosotros se nos acaba relativamente pronto. La paciencia del educador es la paciencia del crecimiento y de la maduración. Se trata, como sabemos bien, de una virtud singularmente ligada a la temporalidad.

La paciencia es con frecuencia una virtud más apreciada en los demás que buscada por uno mismo. El autor italiano que hemos mencionado antes, Giuseppe Angelini, en su libro *Las virtudes y la fe*, nos ofrece una presentación fenomenológica de esta virtud. En ocasiones podemos escuchar expresiones como esta: “Últimamente ando un poco nervioso y alterado con mis hijos” “fulanito me saca de mis casillas de un tiempo a esta parte” ... Solemos decir que perdemos un poco la paciencia, o que perdemos la paciencia por poco. Por estas pequeñas cosas la vivimos más como muestra de nuestra vulnerabilidad que como una ofensa hacia el otro. Ser paciente, tener paciencia, armarse de paciencia, son expresiones significativas para mostrar la índole de esta virtud. Al perder la paciencia, la persona pierde con frecuencia también el sentido de la medida. Encontrar la medida es siempre una tarea educativa. Advirtamos, no obstante, que la paciencia como virtud no se reduce a un buen equilibrio psicológico, aunque este sea muy conveniente. Es algo más, requiere vivir el tiempo desde el tiempo pleno de Cristo.

La paciencia está relacionada con la magnanimidad (*makrothymia*) que es capaz de abrir un espacio acogedor para el otro. Es, por ello, virtud de las almas grandes. El comportamiento paciente se nutre de confianza hacia el otro, de verdadera estima hacia él, esperando siempre un avance, algo mejor del otro. La paciencia es compañera inseparable de la esperanza. Concretamente la paciencia es una virtud que conecta la esperanza con la caridad. Lo hace uniendo el soportar las tribulaciones con el soportar al prójimo. En este sentido, la imagen del camello, sugerida por Nietzsche, es una imagen común para esta virtud. No obstante, un equívoco de esta imagen concibe la paciencia como una especie de estrategia de inmunización contra la inevitable aridez de los tiempos de la vida que aparece como un desierto a atravesar. Es la tradición de la filosofía estoica la que nos transmite esta falsa imagen de la “paciencia del camellero”. No, la paciencia no es inmunización al dolor, sino estabilidad de la esperanza.

Nuestra paciencia educativa encuentra sus raíces en la paciencia de Dios. Para los Padres de los primeros siglos, San Justino, San Ireneo, Tertuliano, ... Dios va modelando la carne humana con sus propias Manos, el Verbo y el Espíritu, y lo va haciendo lentamente. Dentro de la temporalidad que es marca de su fragilidad, el hombre va creciendo, acostumbrándose a «comer y beber al Logos de Dios» para retener y asimilar «el pan perfecto del Padre», «pan de inmortalidad que es el Espíritu del Padre». Dios confía y sabe que el hombre está llamado a crecer lentamente, y se adapta al ritmo humano del crecimiento. De este modo, el hombre llega a ser a imagen y semejanza del Dios Increado, según un orden, ritmo y plan, que corresponden a la sabiduría con la que Dios ha creado todas las cosas: con proporción, medida y armonía.

4) Conclusión

El quehacer y la tarea educativa contienen siempre grandes y pequeñas esperanzas. La crisis de la educación tiene hondas raíces antropológicas. Una visión igualitarista, tecnológica y economicista de la misma en la que se dan la mano el individualismo anárquico y hedonista y el utilitarismo. El poder y el influjo de los medios de comunicación no siempre favorecen la maduración de las personas.

En esta encrucijada de transición cultural es fundamental recuperar el protagonismo de la familia en la obra educativa. Los padres son los primeros y principales educadores de sus hijos. Si el futuro de la humanidad pasa por la familia, esta encuentra en la educación el motor de toda su misión. Un familia emotiva, que no educa, es una familia sin alma. Una familia educativa, en cambio, se transforma en un manantial desbordante de esperanza para las próximas generaciones.

Finalmente, la esperanza educativa requiere otras virtudes, singularmente la paciencia, como virtud de los tiempos y ritmos pedagógicos. Saber esperar es propio del agricultor, del sembrador que hace sus tareas con diligencia, a su tiempo, pero que sabe que la fecundidad es un misterio, y que es el Espíritu el que envía a su tiempo el agua que hace germinar la tierra.

5) Concretando

1. ¿Qué esperanza despierta la educación de tus hijos?
2. Comenta el texto del primer libro de los Reyes y sus enseñanzas pedagógicas.
3. ¿Qué papel juega la Virgen María en vuestra tarea educativa?
4. ¿Qué relación existe entre la esperanza y la paciencia en el quehacer educativo?

6) Práctica familiar

Como práctica de este trimestre os proponemos ofrecerse como familia (al consiliario o a los presidentes o al jefe de equipo) para colaborar en alguna actividad de FdB.

7) Para profundizar

G. ANGELINI, *Educare, si deve, ma si può?*, Vita e Pensiero, Milano 2002.

G. ANGELINI, "La pazienza", en *Le virtù e la fede*, Glossa, Milano 1994, 126-168.

BENEDICTO XVI, *Carta a la diócesis de Roma* (21.01.2008).

I. ENKVIST-C. GRANADOS-J.A. GRANADOS, *Educación, ¿quién es el protagonista?*, Didaskalos, Madrid 2017.

J.H. NEWMAN, *Rosa mística*, Palabra, Madrid 1987.